

De la romántica heroica

Enrique DE GANDIA

Cuatro son los personajes ideales que llenan crónicas, leyendas y romances en la Edad Media: el guerrero, el santo, el viajero y el artista. Todos son héroes: el guerrero, de las batallas; el santo, de la vida espiritual; el viajero, de las distancias; el artista, de la transfiguración. Los cortesanos y los burgueses pertenecen a una categoría inferior. Sólo llegan al nivel heroico cuando se convierten en caballeros de la espada o de la cruz, se pierden en lejanías misteriosas o el arte los coloca en un ambiente glorioso. Hubo héroes que pasaron a los versos como el Cid, y otros que se hicieron inmortales yendo por caminos remotos, como Marco Polo. Es un error suponer que el carácter heroico sólo es genérico de los hombres de armas. San Agustín, San Francisco y San Ignacio —como prolongación de un tipo medieval— tienen en sí un espíritu heroico tan puro como el de Ricardo, Corazón de León, o de Gonzalo Fernández de Córdoba. A veces la espada y la cruz se unen en un mismo heroísmo, como en Santa Juana de Arco; otras veces es la pluma que lleva a la exaltación de la vida heroica, como en el Marqués de Santillana, y —fuera de la Edad Media— en Ercilla. Artistas hubo —como Benvenuto Cellini— que con igual precisión manejaron la espada y el cincel. Pero el héroe cuyos rasgos han dado forma al prototipo, es el guerrero. El hombre a quien el destino hace un héroe nace con este carácter y toda su vida se desenvuelve dentro de un ambiente heroico. Sus acciones son inconfundibles, aun las más prosaicas. Su nacimiento a menudo es anunciado a la madre por una visión. De niño se abraza a la espada como el santo a la cruz. Su vocación por las armas señala toda su vida. El amor en el héroe no es nunca el fin que lo

lleva al heroísmo. La mujer jamás tuerce su destino. El héroe no debe nada al amor. Si lucha por una mujer lo hace por el acicate que ofrecen el peligro y el triunfo. Pone en libertad a la princesa encadenada y sigue su camino, a menudo sin dar un beso a la joven que suspira por él. La indiferencia no debe extrañar, porque el caballero que mata al dragón puede ser un santo como San Jorge. Si la castellana desconocida inspira al guerrero proezas inimitables, el héroe no las cumple por el amor, sino por lo que ellas tienen de heroico. Pasa mil peligros, triunfa en torneos, corre cientos de leguas, a través de bosques oscuros, poblados de bandidos, y cuando llega al castillo donde mora el objeto de su fantasía, la mujer por la cual realizó tantas proezas, le deja una flor sobre el alféizar y se vuelve a su patria, solo, herido, viejo, llevando de su amada un pañuelo perfumado o un pequeño crucifijo. El cree que soñó y sigue soñando en ella; que luchó, y seguirá luchando por su amor; pero muere en un engaño: sus sueños y sus luchas no tuvieron otro incentivo que la ilusión de la aventura y de la guerra. El amor de la dama, con frecuencia desconocida, es una excusa, un medio para vivir heroicamente. El objeto, el fin, no es el amor, es el heroísmo. La vida sexual, el amor físico, nunca interesan al héroe. Más aún: diríamos que los ignora por completo o no es capaz de sentirlos. La Edad Media no produjo el héroe lujurioso. Esto es tan inconcebible que ni puede mencionarse. El hombre de armas que viola o rapta doncellas es el borracho, el criminal o el soldado embrutecido. El placer de la carne se deja, en la Edad Media, para el pirata sarraceno o normando: siempre para el maldito de Dios. El caballero de las cortes de amor es casto e ingenuo. Cuando los tribunales para enamorados juzgan un pleito de amor, es la mujer la impía, y el hombre, la víctima. El tipo de Don Juan no es un producto de la Edad Media, sino de comienzos de los tiempos modernos.

El placer del héroe se halla en la mesa y en el arte de cazar. Gusta de los banquetes monstruosos, de esas comidas que duran varios días con sus noches, y de esas cabalgatas tras jabalíes de hocicos sangrientos, hasta alcanzar a la fiera con el caballo espumoso y la espada terrible.

Cuando el héroe no tiene una aventura que vivir, juega con las armas como si fuera un niño grande. Si recibe una ofensa debe lavarla con sangre o morir. No duda que Dios ha de darle la justicia y con esta fe se lanza al duelo, aunque su adversario sea infinitamente más fuerte que él. Si su ofensor lo aprisiona o expulsa y el héroe no puede hundirle la espada en el pecho, sueña con la venganza. El placer de la venganza es digno de los dioses. Un héroe nórdico, condenado a eterna ceguera, pide un solo instante de luz para matar a su rival y cerrarse de nuevo en las eternas tinieblas. La venganza, cuando es justa, es más noble y más pura que el duelo. La venganza puede realizarse matando al enemigo dormido y por la espalda. El héroe, si en verdad tiene razón, no se deshonra ni es un traidor. Ha devuelto el mal recibido y ha recuperado la honra que le había sido quitada. La justicia es la justicia.

El héroe se muestra rudo, brutal. Su sensibilidad, su delicadeza de sentimientos, son invenciones de los poetas modernos. La compasión—cuando alguna vez aparece— produce asombro y recibe grandes elogios como si fuese una generosidad infinita. El perdón de la vida por lo general es cansancio del que está harto de matar. Cuando el sueño llega, el héroe duerme profundamente. Si tiene una visión se siente alarmado y se apresta a luchar contra ella, como si una espada invisible lo persiguiese en el aire. La superstición tiene una fuerza muy grande. Las maldiciones hacen más daño que bien las bendiciones. El ser herido que maldice, tiene un poder inmenso. Es siempre el sentido de la justicia que busca un nivel en cualquier acción. Toda la poesía, toda la dulzura, la crea el cristianismo. El héroe levanta al cielo las manos manchadas de sangre. Si sus ojos ven algo bello, algo que no sea la tierra removida por los cascos de los caballos, son los vidriales coloreados de las iglesias, los retablos con ángeles y virgenes, el altar brillante de luces. Cuando el héroe no inclina la cabeza por el sueño, es porque reza. La oración lo purifica y espiritualiza. La existencia diaria del héroe sería de un materialismo aplastante si el ideal cristiano no crease un nimbo en torno a su figura. El aldeano, el guerrero y el monje viven por igual en un ambiente bajo y miserable; pero la fe convierte en jardines los caminos yermos y helados, y hace parecer encajes los sayales rotos.

El héroe ama a los hijos varones. El hijo cuidará su honor cuando su mano temblorosa no pueda manejar la espada, y continuará sus proezas y heredará sus ambiciones y sus odios. Las hijas son postergadas. En el hogar guerrero la hija es la llama de la deshonra cuando huye o alguien la rapta. Entonces hay que vengar la afrenta o santificar la unión con el casamiento. Algunos héroes tratan a la mujer como un ser sin alma, sólo útil para el trabajo o poseerlo en un instinto bestial. Otros ven en la mujer algo divino, misterioso y supersticioso a la vez. Es en los tiempos bárbaros, cuando las espadas son cortas y anchas, y los escudos tan altos como un hombre. Cuando las espadas se hacen largas y finas, el cristianismo no discute la existencia del alma en la mujer; ve en la Virgen a la madre de Dios, todas las mujeres son idealizadas y se transforman en un símbolo y en un ideal.

El héroe muere en el combate y sus amigos recuerdan sus hazañas. Las refieren de noche, cuando están viejos y cansados, junto a las chimeneas de piedra, en medio de sus hijos y sus nietos. Las acciones remotas se tornan más bellas y heroicas. El viejo guerrero que las relata es un poeta inconsciente que deja hablar a su corazón. En las sombras parecen surgir los espectros de los desaparecidos. El viento gime moribundo. Las espadas y los escudos colgados, llenos de moho, se estremecen como si una mano los agitara. Los jóvenes escuchan las narraciones con ojos brillantes, soñando ser ellos los héroes de los combates. La imaginación agranda las hazañas. El hecho histórico se convierte en legendario. Lo oye un trovador y lo recita, con música de versos, en un castillo lejano, en el atrio de una iglesia, en una taberna. Las gentes se asombran de la nueva aventura. La repiten una y mil veces y otros trovadores y juglares la hacen correr de boca en boca y de corte en corte. Los peregrinos la llevan a Santiago de Compostela, a Rocamadour, a Roma, a Jerusalem. Un escultor esculpe la leyenda en el timpano de una iglesia; una joven la borda en un cortinado; un monje la recoge en un folio, con frases ingenuas y bárbaras, y un poeta la estampa en el dorso de una tapa de Homero. La leyenda está hecha. Habla de encuentros que nunca existieron, de héroes que nunca lo fueron, de castillos

que nadie conoció. La realidad apenas tiene un fondo de exactitud; pero la creación poética se hace inmortal.

Las leyendas son el alimento del pueblo. Algunas se humanizan a tal punto que viven como si fuesen una verdad presente. En la leyenda lo irreal se hace auténtico y lógico, y lo verídico transmuta en un mito. La tradición se poetiza a medida que se suceden las generaciones. El héroe vive también de las leyendas. Sueña con hallar la copa que Cristo utilizó en la última cena; cree que en alguna cueva verá un dragón con ojos de fuego, y no duda que hay magos, hechiceros y brujas.

La humanidad de la Edad Media vivió durante siglos en un mundo de terrores infinitos. Se contaba que algunos privilegiados habían podido asomarse al purgatorio de San Patricio y contemplar los horrores del infierno. Había teólogos que profetizaban el fin del mundo en el año mil. La locura del milenismo llevó la cristiandad a la desesperación más profunda. Los nobles repartían sus riquezas, endosaban un hábito de penitente y se arrodillaban a las puertas de los conventos pidiendo asilo por amor de Dios. Los monasterios se hallaban atestados de hombres enloquecidos que se golpeaban el pecho y confesaban a gritos sus pecados. Los monjes atrancaban las puertas de los claustros para que no los invadiesen los desesperados. Muchos pecadores se iban a un desierto, a vivir en una cueva, esperando el fin del mundo entre lágrimas y rezos. Cuando el año mil se esfumó entre las obscuridades y temores, y la humanidad, sorprendida, advirtió que al cabo de un siglo la cólera de Dios no había arrasado la tierra, dió gracias al cielo en una inmensa genuflexión y toda Europa comenzó a poblarse de blancas catedrales que expandían sobre los techos grises su música de campanas. Del romántico endurecido nació el gótico sonriente. La piedra recibió el soplo de la poesía, y en los primeros años del siglo XII, un maestro Mateo, pequeño de cuerpo, que vestía como un monje, con la cabeza descubierta y poblada de espesos rizos, esculpió en el Pórtico de la Gloria, de una iglesia que se había levantado sobre un campo de estrellas, la primera estatua que sonrió después de mil años de llantos. Es el profeta Daniel, el de las profecías incomprensibles, que en Santiago de Compostela es-

boza la sonrisa más maravillosa del mundo: una sonrisa enigmática y extraña que los escultores errantes de los caminos de peregrinación reprodujeron un siglo después en las catedrales del Norte de Francia. Dos siglos más tarde, la misma sonrisa, a través de las catedrales francesas, inspiró el retrato de la Gioconda en el pincel de Leonardo. Esta primera sonrisa que aparece en Europa en la lejana iglesia gallega, representa el fin de la Edad Media bárbara y el comienzo de la Edad Media esplendorosa. El mundo comenzó a sonreír con la sonrisa que en Santiago esculpió el maestro Mateo. Los terrores del milenismo huyeron para siempre. La humanidad se sintió renacer. El arte despertó con el renacimiento de los siglos XII y XIII que hizo posible el gran renacimiento de donde surgió el hallazgo de América. Los príncipes cristianos, en una reacción sublime, abandonaron sus luchas internas para arrojar-se a las cruzadas contra el Islam.

Las cruzadas fueron una peregrinación armada que se lanzó embravecida a la conquista del sepulcro de Cristo. El peligro musulmán amenazaba constantemente a Europa. Los Papas y los señores feudales comprendieron que vivir bajo las cimitarras alzadas era condenarse a una segura desaparición. Los monjes levantaron sus voces, los pueblos se sintieron arrebatados por un entusiasmo divino, y Europa entera se abalanzó, como enloquecida, a las tierras de Oriente. Aparece, entonces, el héroe cristiano en su más pura expresión. Es el héroe que lleva una cruz pintada en el pecho y sueña morir matando infieles. La exaltación místico-heroica creó el gusto por las telas preciosas, las armas cinceladas, los castillos enjorjados, el orgullo de las grandes familias. Los símbolos de los escudos se hicieron hereditarios. El comercio intensificó sus operaciones y las carabelas de los guerreros fueron seguidas por navios mercantes que buscaron en Oriente especias y lujos a cual más refinado. Comenzaba, inconscientemente, a prepararse el descubrimiento de América; pero las cruzadas internacionales a Tierra Santa fracasaron una tras otra. El entusiasmo sobrenatural fue decayendo entre los príncipes cristianos. Los pueblos se sintieron hartos de lepra, hambre y guerra. Ir a Oriente era ir a morir o volver apestados. La fe y el empuje

musulmán fueron más fuertes e hicieron estériles las cruzadas cristianas. Sólo un pueblo siguió erguido frente al poderío musulmán y la continua acechanza judía: España. Ochocientos años combatió España contra los moros. España inició las cruzadas internacionales en contra de los musulmanes siglos antes que el Papa y los príncipes cristianos pensarán en ellas. Cuando España comenzó a luchar por el triunfo de la cruz, lo hizo con el arrojo de las empresas que llevan en sí una fuerza nacional capaz de transformar el mundo. Era sola; pero al andar el tiempo, caballeros cristianos de Francia y Alemania acudieron a su suelo para combatir al lado de los cristianos españoles. Las cruzadas internacionales estaban hechas, y cuando el Papa y Pedro el Ermitaño predicaron la conquista del sepulcro de Cristo, eran siglos que en España se mantenía a raya a los infieles con voluntarios de media Europa. Terminadas las cruzadas, con el fracaso de toda la cristiandad, España las siguió sin ayudas hasta sepultar para siempre a moros y judíos. España puede enorgullecerse de haber salvado la civilización occidental de un aniquilamiento seguro. Es en esta lucha de siglos contra los musulmanes que España da a la historia un nuevo tipo de héroe. No es sólo el héroe cristiano, sino también el héroe nacional. Italia creó en la Edad Media el *condottiere* que se vendía al mejor postor. España forjó el caudillo que luchaba por su patria. En España aparece, antes que en otras naciones, el sentimiento nacionalista con un empuje desconocido y extraordinario. El héroe español es el único que al amor de la dama, del rey y de Dios, agrega el de la tierra, el de su patria. Este sentimiento de patria lo originó la obligación de luchar contra el musulmán invasor y el judío intruso. Toda la historia de España es una historia de héroes nacionales con un amor patrio que llega a la sublimidad. Don Pelayo, el Cid, Isabel la Católica y Fernando, son héroes típicos del nacionalismo español, que no se hallan en ningún otro país medieval, y sólo aparecen en Italia, en Francia y otras naciones, en los tiempos modernos.

Es preciso distinguir la diferencia enorme que existe entre el héroe de los romances de caballería, de los torneos y de las aventuras —lo mismo amorosas que piráticas— y el héroe defensor de su tierra. El

primero es un héroe fabuloso, novelesco, propio de cuentos para las noches de invierno y las largas peregrinaciones hacia santuarios lejanos. Por lo común el héroe de los romances es inventado, realiza hazañas absurdas e inútiles, como las de arrancar cuatro dientes a un rey, o si no lleva a cabo actos temerarios que no tienen otro fin que demostrar una audacia personal, como los de libertar a una joven encadenada o matar a un gigante. Su ideal no es más que el del heroísmo por lo bello, osado y fantástico que el heroísmo tiene. En cambio, el héroe nacional no es un fanteoche inhumano e ilógico, sino un espíritu animado por ideales superiores. El héroe nacional tiene un significado que el héroe de los romances no llega a concretar. Si los héroes fabulosos de Carlomagno muestran alguna trascendencia es porque la leyenda los hace combatir contra los moros y Rolando sucumbe en Roncesvalles matado por los vascos. El héroe nacional aparece en Grecia con el esplendor deslumbrante de los poemas homéricos; pasa a Roma, donde alcanza un nivel elevadísimo en los primeros tiempos, y se pierde con el triunfo del cristianismo para dejar aparecer un nuevo tipo de héroe: el cristiano. El héroe cristiano es una figura semi-celestial. Lucha por una patria extraterrena y corre a combatir a los infieles lo mismo a Francia, España e Italia, que al Oriente o al Africa. No siente su patria; lo único que siente es la fe. Cuando el héroe cristiano no combate por el ideal religioso y anda por el mundo mezclado en las cosas humanas, su heroísmo—semi-mitológico— es una sucesión de extraordinarios episodios personales. Las historias de los héroes —desde Aquiles, Ulises y Eneas hasta el rey Arturo y Lanzarote— son biografías. La mujer es introducida por el cristianismo en este género de biografías maravillosas y heroicas. María de Francia compuso historias dulces y sorprendentes de cazadores que se encuentran en los bosques con hadas y náyades. El amor triste e infeliz llega a su expresión más sublime en la leyenda de Tristán e Isolda, superior, por su fondo, a los amores desgraciados de Shakespeare. Pero todos estos relatos son leyendas, creaciones de la fantasía y no de la verdad histórica. La imaginación dió origen, en la Edad Media, a un héroe ideal, cristiano y sentimental, que la historia crítica no

encuentra. El héroe de los romances es un mito, mientras que el héroe nacional es una realidad. Esta es la diferencia —de trascendente importancia— que separa al héroe de los romances del héroe nacional. El héroe nacional de Grecia y Roma, que se esfuma en la Edad Media con la aparición del cristianismo, surge con caracteres nuevos y superiores en el territorio español.

España es, en la Edad Media, el campo de los héroes nacionales. Sus vidas históricas, por no ser mitológicas, no tienen entrada en las leyendas. La Europa de los héroes cristianos, de los caballeros tristes, de los cuentos áureos y del romance de la Rosa —creaciones falsas y sin espíritu— desconoce su existencia porque está sumida en un marasmo mental, sin ideales patrios y sin fuerzas nacionales. España no ha idealizado a sus héroes convirtiéndolos en seres imaginarios o irreconocibles. Las composiciones mítico-heroicas no se han multiplicado en España como en otras naciones, porque su historia, real y extraordinaria, es superior a las leyendas.

En España la literatura no es una mezcla tan fabulosa de hechos imaginados y de hechos verídicos, sino un continuo relato histórico con escasas imperfecciones. El poema del Cid, la Crónica rimada y el Fernán González —las grandes epopeyas españolas— son historia pura, fuentes preciosas de datos para los historiadores modernos. Los romances españoles no cantan héroes inexistentes y absurdos, sino héroes típicos nacionales. Bernardo del Carpio, el desdichado hijo de doña Jimena; Ruy Díaz de Bivar, el defensor de Valencia; los siete infantes de Lara, sacrificados por los moros, son personajes históricos, héroes auténticos nacidos de las grandes luchas nacionales españolas y no de imaginaciones de poetas.

La poesía popular española y el canto heroico reviven gestas reales. Las tradiciones legendarias no desvirtúan nunca el auténtico fondo histórico. El héroe de esta poesía y de estos cantos es siempre un héroe nacional. Los héroes de la romántica caballescica y heroica de todo el

Enrique de Gandía.

resto de Europa no son héroes nacionales, sino líricos y fabulosos, porque los pueblos que los crearon no poseyeron el sentimiento nacionalista que siempre vibró en España. La grandeza del heroísmo griego-romano fue heredada por España. Esta tradición —unida al fervor del misticismo cristiano— puso de pie, frente a los alfanges musulmanes, al héroe nacional, —el del amor a la Patria— que habría de llevar el valor a los límites de lo divino, tanto en la lucha contra los infieles, como en la conquista de América.

Enrique DE GANDIA.

!Especial para "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA")

